

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

ADVERTENCIA.

Con este número regalamos á nuestros suscritores un tomo de la novela titulada: **EL ERMITAÑO MISTERIOSO.**

SECCION CIENTIFICA.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

SOLO HAY UN DIOS.

INFLUENCIA DE ESTA VERDAD EN EL MUNDO.

El politeísmo de los paganos fué origen de su barbarie.

La idea que tenían de sus Dioses los pueblos idólatras, evidencia hasta lo sumo que el sentimiento de lo infinito pasó desapercibido para la humanidad hasta Jesucristo.

Erigian Dioses de todas las extravagancias: los vicios, la licencia, la miseria extrema de las pasiones, hasta el crimen, merecían ser divinizados por aquellas generaciones

LOS AMORES DE UN PINTOR.

POR D. FRANCISCO DE PEÑALTA.

I.

En una de las apacibles y serenas tardes del mes de julio de 1854, cuando el sol tocaba á su ocaso y las suaves brisas del Buen-Retiro llenaban á la elegante multitud que invadía todas las avenidas de los señores del Prado, la fragancia de las acacias y de los castaños de Indias, mezclada con los últimos trinos de los pajarillos, una hermosa carretela, tirada por magníficos caballos negros, avanzó rápidamente por el lado de los carruajes hasta colocarse entre la estensa hilera que formaban los demás.

Recostada negligentemente en su testero y con no poca presunción, iba una señora de rostro aguileno, cabellos grises y mirada altiva, que por su traje de gasa, sus aderezos, su sombrero de blancas plumas, y las magníficas perlas que brillaban en su garganta, logró llamar la atención de cuantos la veían, dando acaso á quien la conociera de antemano pábulo á murmuraciones y conjeturas que la hubieran favorecido bien poco.

Acompañábase una joven modestamente vestida de negro, y cuyo nombre corrió de boca en boca repentinamente, y á quienes algunos se atrevieron á atribuir cierto no sé qué misterioso haciéndola por algunos instantes el blanco de sus miradas:

Esta joven se llamaba Laura.

consumidas por la fiebre de la idolatría. El Egipto empezó adorando al sol y la luna y concluyó por envilecerse á los piés de un toro: en Roma había Dioses que presidían las Lupercalias, y los Francos degollaban una muchedumbre de víctimas humanas para aplacar la cólera de una encina.

¡Triste espectáculo el de esa humanidad degenerada que avergonzada de sus miserables cultos tiene que apelar al *ignoto Deo* para evitar el furor de sus sangrientas divinidades.

El cuadro que sé nos ofrece todavía en cuatro partes del globo terráqueo no deja de ser en alto grado lamentable; al pié del Himalaya corre aun la sangre humana para aumentar las aguas del Ganges y el Bramaputre: la India, víctima del fanatismo de Brahma está plagada de fétiches con la boca abierta en disposición de devorar: el culto de Cibele se sostiene aun entre las hordas feroces: pasad á Timor y si vuestra planta profana un *patmali* sereis asesinados por el malayo, que adora un jaguar; pasad á la Micronesia, y observareis los horribles sacrificios que se consuman en el *Morai*.

La idolatría ha repartido el imperio del mundo entre

Laura podría contar de quince á diez y seis abriles, y sin hacer ostentación de hermosa ni de discreta, interesaba á cuantos la veían. No eran sus ojos azules como el cielo, ni negros como la noche, sino melados y de mirada tan dulce y espresiva que en ella se revelaba todo el candor, toda la inocencia de su alma. No eran sus cabellos brillantes como el ébano, ni rubios como los rayos del sol naciente; eran castaños, pero sedosos, finos, y recogidos en sendos bucles que, partiendo de sus hermosas y transparentes sienes, iban á perderse en la trenza de su rodete. No era su frente de *nacar*, ni sus mejillas de *rosa*, ni sus labios de *rubies*, y sin embargo, su boca parecía un clavel entreabierta al soplo del aura, y en cuyo seno vagaba aun el fresco rocío de la mañana; su rostro, sin ser blanco á manera de las estatuas de mármol, disfrutaba de esa palidez dulce y suave de las hijas del Norte, que tanto pudiera ser símbolo de pasiones ardientes como de la mas profunda melancolía: todos estos atractivos, unidos á su pié breve y modelado por el zapatito ó la bota de charol, su mano fina, tersa y delicada, y su talle esbelto y flexible como la palma, la hacían altamente simpática y encantadora... Sus modales, sus ademanes, sus sonrisas revelaban cierta distinción aristocrática, y su traje de merino negro, de larga falda y cerrado, bajo el que se ocultaban sus hombros mórbidos y redondos, su seno turgente y tranquilo y su cuello breve y torneado como el de la paloma, imprimía á su semblante, á sus movimientos, á sus ojos de mirada lánguida y suave tal sello de tristeza, de grandeza de alma y hermosura, que podía compararse ó decirse que Laura parecía el ángel de la resignación.

dos tipos opuestos de divinidades que se disputan constantemente su soberanía: Dioses benéficos y Dioses destructores: un genio para el bien y otro para el mal. A los primeros los sacrificios pacíficos, las libaciones, los perfumes, los bálsamos, los vinos, la miel y la leche: á los segundos la sangre humana.

El pensamiento inmenso de la unidad de Dios no se apoderó de la conciencia pública hasta Jesucristo: Moisés tuvo la primera revelación en el Sinaí, y cuando bajó á trasmitirla á los hebreos, los encontró postrados á los pies de un becerro de oro; Sócrates apartó por ella la cicuta.

La influencia de esta verdad en el mundo ha sido de tal naturaleza, que sin ella no hubiera sido posible la civilización.

La muchedumbre de religiones ocasionaba la división completa del linaje humano: cada pueblo se creía descendiente por línea recta de sus Dioses, y de este desorden espantoso brotaban los Dioses inveterados, las guerras asoladoras, los espectáculos funestos que por tantos siglos asolaron al mundo.

El amor de la patria se reasumía en estas dos palabras, *aris et focis*, altares y hogares: cuando un pueblo tomaba las armas era para hacer triunfar este principio: el romano que adoraba á Fan, á Venus y á Júpiter aborrecía al galó que iba á recoger el muérdago sagrado: así la unidad del linaje humano, secuela inmediata de la unidad de Dios, se hacia cada vez mas imposible, y por lo mismo la ley de perfectibilidad yacia sumida en la mas espantosa postración.

Pero Jesucristo revela á la humanidad el pensamiento grandioso de la unidad de Dios, y prodigiosamente ceden los ódios de razas y castas: blancos y etíopes se estrechan las manos, concluye el reinado feroz de la barbarie para dar paso al pacífico imperio de la civilización: los pueblos deponen las armas, y la Iglesia como una lámpara mística

II.

—¡Misterios de la corte!! murmuró elegante, dirigiendo sus miradas al carruaje mientras se daba con el bastón en el pernil de su pantalón de cachemir.

—¿Las conoce? dijo otro que le acompañaba.

—Sí, es una marquesa arruinada.

—¿Mal se conoce.

—Debo que lleva.

—Lo que equivale á decir que lleva mas de lo que debe.

—Es igual.

—¿Y la joven quién es?

—Laura.

—Muy conocida en...

—En todas partes, aunque rara vez se presenta.

—¿Es linda.

—Pero no es rubia.

—Lo que significa...

—Que me gustan las rubias.

—Y á mi las morenas.

—De lo que resulta...

—Que voy hacerla el amor.

—Llegas tarde.

—¿Por qué?

—Mira, ¿ves aquel joven de barba y cabellera rubia, ojos azules y facciones aristocráticas que llega al estribo del carruaje sobre un caballo alazan inglés?

—Sí

empieza á derramar claridad por todas partes: las naciones entablan relaciones amistosas: las tribus nómadas encuentran al fin su patria: renacen los derechos para el hombre, y el eterno monumento del progreso despliega con vigor las hermosuras de su fábrica soberana, al compás del cántico de gratitud que elevan al cielo los hijos libertos de Jesucristo.

Así de la unidad de Dios han nacido los principios siguientes:

LA ABOLICION DE CASTAS Y RAZAS,

LA FRATERNIDAD UNIVERSAL,

LA SOCIABILIDAD DEL LINAJE HUMANO.

De estos principios tan en armonía con las leyes morales de la naturaleza, veremos nacer la obra fecunda de la civilización humana, la redención del mundo, que empieza en el Gólgota á los pies de Jesucristo, y se dilata por el globo hasta apoderarse de la conciencia universal.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

Madrid 3 de Setiembre de 1862.

Nuestro apreciable amigo y suscriptor D. Ramon Ruiz Delgado; nos remite para su inserción la composición que trasladamos á continuación:

LA MUJER.

CANTO.

Cuando nace la mujer
nace dotada del cielo,
nace para ser consuelo,
nace para ser placer.

Nace con ese elemento
en el Angel natural,
toda ella es ideal,
toda ella es talento.

Crece vaporosa y ágil,

—Pues ese...

—¿Qué?

—Es su amante.

—¿No importa! repuso el elegante palideciendo...

—¿Aun te haces ilusiones?—Pobre Alfredo, te compadezco!

—¿Me compadeces? pues yo te apuesto veinte y cinco onzas de oro contra ocho á que esa mujer llegará á ser mía antes de mucho.

—Apostado:

—Choca esos cinco...

Y diciendo esto nuestros jóvenes se confundieron entre la multitud.

III.

—Hermosa Laura, veo que es Vd. demasiado esquiva para mi, decia el susodicho ginece, inclinándose hasta el oído de la niña...

Laura guardó silencio.

—¿Es así como corresponde Vd. á una persona que daría por Vd. su vida, que la adora con toda su alma y á quien pronto va Vd. á pertenecer?

—Mi tía lo manda, baron, pero nada mas, créame Vd.: dijo Laura, dando muestras del mas soberano desden.

—¿Y son esas las esperanzas que Vd. me da?

—Esas, baron.

—Es Vd. demasiado cruel para conmigo.

—Y Vd.:

—Baron, interrumpió la marquesa, desearía hablar con Vd.

—¿Señora!

crece amable, perspicaz,
y aunque suele ser audaz
vive y muere siempre fragil.

Crece cual árbol florido,
crece cual pura azucena,
es casada siendo buena
el ángel de su marido.

Si su esposo en un apuro
toma su primer consejo,
se salva, son un espejo
en el que ven lo futuro.

Con su profético don
su pensamiento es fecundo:
son las Diosas de este mundo
son la misma perfección!

Si solo hubiese su amor
no habría guerras fatales:
esas guerras infernales
que dejan eterno horror:

Viendo enemigas manos
iris doquiera serian,
y a los hombres les dirian,
todos seamos hermanos!

La paz y sus bendiciones
irian sustituyendo
al hoy belicoso estruendo
que devora las naciones.

Pero debo suspender
su don de la profecía,
vuelvo a mi galantería
de lo que son al nacer.

Si nace cuál dicen sea,
siempre oculta alguna gracia,
y en medio de su desgracia
en todas partes campea.

Pero cuando nace hermosa,
nace amando, nace fiel,
si naciese en un vergel,
sería la altiva rosa.

Mas cual ella delicada,
cual ella débil, bonita,
si una hoja se la quita
toda queda deshojada.

Y luego sus hojas son
pisadas por cualquier hombre,
nadie pregunta su nombre
porque perdió la ilusión.

Las que pasais por bonitas,
las débiles cual las rosas,
las morenas, las graciosas,
las fuertes, las endeblitas;
Todas, tomad el ejemplo
de las rosas deshojadas,
porque una vez marchitadas
se desplomó vuestro templo.

No por Dios: no os entregéis
en los brazos de Satán,
porque ¡ay! os llevarán
a donde siempre lloráis.

No creáis, pobres mujeres,
en ese ilusorio eden,
porque allí por todo bien
existen falsos placeres.

Los placeres y el amor
vosotras sabeis do imperan,
los ángeles siempre esperan
las vírgenes del Señor.

RAMON RUIZ DELGADO DE URROVIA.

Madrid 4 de setiembre de 1862.

EL CONDE FULBERTO ANAYA.

LEYENDA TRADICIONAL DEL SIGLO XVI.

(Continuacion. (1).)

XI.

El mes de mayo había estendido su alfombra de verdor, colores, fragancias, púrpura y diamantes. Los arroyuelos, rota la pesada losa de hielo que los tenía sepultados, corrían al impulso de una nueva vida. El sol templado y vivificante de la primavera ahuyentaba los pesados nubarrones con que se abruga el aterido invierno. Los valles tachonados de flores, hacían concebir la esperanza de días de placeres y felicidad. La naturaleza por todas partes se presentaba hermosa, agradable y

(1) Véase el número 125.—18 de Agosto.

El ginete espoléó su caballo, colocándose al lado opuesto de la carretela.

—Mi sobrina le habrá dicho cosas desagradables, díjole á media voz.

—En efecto, marquesa!

—Pues está Vd. de enhorabuena: ¡oh! ya lo creo; mi sobrina, al salir de casa, me dijo: tía Genoveva, yo sigo con Enrique una conducta muy diferente de las demás, á pesar de que *le amo con todas las veras de mi alma*; he obrado y me dispongo á obrar así hasta obtener su mano para convencerme de la certidumbre de su amor; si á pesar de mis desdenes y de mi aparente indiferencia, sigue constante en su propósito, tiempo tendré luego de manifestarle lo contrario; si desiste, mas vale engañarse antes aunque me cueste la vida, que no hacerse desgraciada para siempre.

—¿Es posible!

—¿Dudará Vd. de mí?

—Señora, pero confiese Vd. que es terrible la prueba.

—No la creo tal, porque estoy convencida de que ella morirá si le faltara su cariño de Vd.

—¿Oh, eso nunca!

—¿Así me gusta, baron!

—¿Por consiguiente Vd. cree?...

—Que esta noche deha Vd. presentarse mas temprano y estar mas galante que nunca...

—Pues hasta la noche, marquesa... adios, Laura.

—Adios, baron.

—He vencido, murmuró la marquesa con sonrisa de triun-

—Tengo empeñada mi palabra y esta noche *será mía*, pensó el baron alejándose.

Laura permaneció silenciosa y una lágrima desprendida de sus pupilas fué á perderse entre los pliegues de su negro vestido.

Para que conozcamos el valor de ella es necesario entrar en algunos detalles.

Laura se hallaba en un colegio seis meses antes de la fecha á que me refiero, donde su vida se deslizaba tranquila á manera del arroyuelo que serpentea sobre su cuna de flores; las ilusiones revoloteaban en torno suyo como mariposas de oro y á su vista todo aparecía risueño, dulce y embriagador; su corazón sencillo y puro estaba cerrado aun á las emociones de la vida como el capullo á los primeros albores de la mañana; sin que la inocente niña viera en aquella la frágil barquilla que hoga por el borrascoso mar de las pasiones, ni en el mundo un océano turbulento, sino un lago de azules y transparentes aguas. A veces recorría las calles del jardín del colegio agarrada del brazo de sus compañeras y murmurando á su oído:—Mira qué bella es la luna, qué azul está el cielo, qué perfume exhalan las flores; otras, se sentaban á hablar bajo la glorieta de cipreses que se levantaba en el centro, ó á la sombra de un sauce donde solía cantar un ruiseñor, y todo aparecía á sus ojos lleno de encanto y de fragancia; todo risueño, poético y hermoso; los pajarillos que revoloteaban de rama en rama; la fuente que murmuraba á su lado; el eco del áura al inclinarse sobre las azucenas ó al besar la copa de los tilos; el canto del ruiseñor y de la alondra y ese perfume dulce, vago, indefinible que se despren-

pura, imagen verdadera de la época que llena de ilusiones y sueños nuestra mente, y despierta al corazón para los gozos sublimes de un amor ideal.

El estado de la humanidad se identificaba mucho con la estación de las flores. Renacía para la vida, estaba llena de animación, acariciaba ilusiones, idolatraba ideas, por todas partes la esperanza se dejaba ver, llena del germen fecundo de la libertad, que más tarde había de prodigar óptimos frutos al mundo.

La bandera de la *reforma religiosa*, ondulaba en el espacio.

El hombre bajo este lábaro, con pretexto de modificación eclesiástica, iba a arrancar de las entrañas del despotismo sus más grandes derechos de los que hasta entonces le había privado la tiranía.

No era la religión la que animaba a los revolucionarios del siglo XVI, era principalmente la fascinación que había ejercido sobre ellos el nombre de libertad de pensamiento, que por primera vez se había atrevido a pronunciar la filosofía.

Esta mágica palabra había recorrido todos los ámbitos de Europa con la celeridad de un relámpago.

Los protestantes se levantaban en masas informes, como esas nubes que se forman en el atrasado cielo del estío, para poco después reunirse en la hora de la tempestad. La Europa antigua temblaba a su presencia, tenía el presentimiento íntimo de su desaparición en el mundo, para que sobre su sepulcro se levantara la Europa nueva, purificada, llena de atravesamiento, abnegación y heroísmo.

Siempre que para una idea universal, para una fórmula social ha sonado en el reloj de los tiempos, la inexorable hora de su muerte, se encierra en el corazón de un hombre grande, para hacer el esfuerzo supremo por su conservación.

Carlos V era este hombre, era la encarnación del despotismo de la Edad media, era el que había aspirado a la monarquía universal.

Carlos V, sentía ya sobre sí todo el peso de su adverso destino; la Europa entera se desplomaba sobre su debilitada frente, y su corazón se helaba al entrever un silencio y solitario con-

de de los jardines, la embriagaban y colmaban de consuelo y de felicidad. Si alguna de sus amigas estaba triste, ella la sostenía cubriéndola de besos y de caricias y paseaba hasta distraerla, ó se sentaba al piano de donde arrancaba torrentes de armonía, con sus manos delgadas y suaves, exhalando como por distracción ó por descuido suaves notas que salían de su garganta é iban a perderse en las silenciosas galerías del colegio. Cuando la sonrisa había vuelto a los labios de su amiga la abrazaba de nuevo y se retiraba a su habitación. Laura era, en fin, el ángel bueno de todas y siempre estaba risueña, alegre y tranquila, sin más disgustos ni dolores que la parte que se tomara en los de sus compañeras. Pero hubo un día en que la anunciaron la muerte repentina de su madre, única persona que la quedaba en el mundo, y desde entonces el suave tinte de rosa que coloraba sus mejillas, desapareció: sus ojos se enbricaron de lágrimas y el hábito negro reemplazó a sus pasados trajes para que estuviese en armonía con el luto que llevaba en su corazón. Ya no le quedaba otro amparo que una tía suya, señora de alto rango, viuda de un título sin rentas, lo que no obstaba para que gastase un lujo extraordinario. Laura no sospechaba que pudiese ser víctima más adelante de la desmedida ambición de su tía, y, sin embargo, al recibir con la funesta noticia de la muerte de su desgraciada madre, la de que su parienta había resuelto llevarse consigo, su frente se cubrió de sudor, y un estremecimiento general agitó su cuerpo como si presintiese una terrible desgracia. Laura quiso enterarse del estado de sus intereses, pero la única contestación que le dieron fué la siguiente: «Su tía de Vd. es la única que puede decidirlo.» Entonces com-

vento, sepulcro de su poder, archivo en que habían de guardar depositadas las ideas que estaban concentradas en él.

Y con la garra acerada de la muerte sobre sus entrañas, iba a probar la última tentativa.

Debilitadas sus fuerzas militares en las guerras sostenidas con Francia, llevaba el presentimiento de la derrota, por lo que quiso aparecer al frente de su ejército, para reanimarlo, y oponerse a cualquiera dispersión que pudiera haber en sus filas vencidas.

En la *Lieja* había militares aguerridos y de gran instrucción, para ordenar sabiamente el plan de campaña. Entre ellos se hallaba el Elector de Sajonia y el Sandgrabe de Hesse.

No era ya la doctrina de Lutero cuanto tenía que vencer; era una revolución en el campo del pensamiento; era el grito de libertad estendido en el espacio; era el genio de la guerra, que esgrimía su espada de fuego en defensa de la independencia de la humanidad.

Todo parecía que se conjuraba contra Carlos V. Después de la lucha general que le tenía empeñado con todas las naciones extranjeras, veía la sublevación de sus propios dominios, que pretendían dividir la corona en pedazos, para otros tantos soberanos.

Y entonces el delirio de *Monarquía universal*, aquella idea que abrazó su frente juvenil, y devoró su pecho como una violenta calentura, se desvanecía y comprendía su locura.

La campaña iba por fin a dar principio.

Las guerras de religión siempre han sido horribles.

Esa fé que lleva el guerrero en la santidad de su causa, le convierte en león sediento de sangre, que se complace en verse correr a torrentes, y lo hace entrar desde el principio y el campo de batalla el purpúreo recinto de un cielo que le espera.

Los soldados, pues, de una y otra parte, inflamados por este ardor religioso, se iban a lanzar a la guerra como instrumentos horribles de desolación y exterminio, iban a buscarse con tan ciego frenesí, que demostraban que de aquella lucha sangrienta dependían sus nacionalidades, sus prerogativas, la seguridad de sus hogares.

Escitados los protestantes por filósofos profundos, por elo-

prendió su verdadera posición y se deshizo en lágrimas... pero jamás se quejó a nadie de su infortunio... Pasaron días y un carruaje en el que se hallaba recostada una señora, se detuvo a la puerta del colegio...

La campana que anunciaba visita, resonó en el corazón de la inocente joven como un gemido de muerte.

—¡Vienen por mí! murmuraban sus trémulos labios y sus ojos se alzaron al cielo arrasados en llanto...

Como lo había previsto, se la anunció que su tía la esperaba y que se preparase a salir para siempre de aquel recinto, lo que en su concepto era deshojar una a una la flor de sus últimas ilusiones y esperanzas.

La pobre Laura sacudió su hermosa cabeza como si quisiera desprenderse de su horrible pesadilla y sin despegar sus labios penetró en su habitación, se puso un sombrerito con plumas negras, y se dirigió con paso vacilante a la de sus compañeras. Allí las abrazó una a una y con la sonrisa en los labios y luchando en vano por ocultar las ardientes lágrimas que corrían por sus pálidas mejillas, las dió su último adiós. Luego entró en el jardín donde había pasado los mejores y más risueños días de su infancia; exhaló un profundo suspiro que el aura parecía recoger para llevarlo a las flores, y se dispuso a partir; en aquel instante el último rayo del sol caía sobre la glorieta de cipreses, las azucenas tomaban el color amarillo de las siemprevivas que mece el viento al borde de los sepulcros, y un ruiseñor cantaba con triste y lastimero acento mientras se mecía en el ramaje de un melancólico sauce.

Laura acababa de marcharse.

cuentisimos oradores, se lanzaban á la pelea con una especie de furor salvaje, llevando delante el estandarte de la libertad.

—«Amasemos con la sangre afeminada del despotismo el monumento de la independencia de nuestra razon y de nuestra conciencia,» decian los protestantes.

—«Edifiquemos un nuevo trono sobre los cadáveres de los revolucionarios, á la monarquía real, y un altar á la religion,» gritaban los partidarios del sistema antiguo.

La lucha tenia que ser horrorosa. Ambos partidos, la temian y no querian aventurarse antes de estar seguros de un resultado que indudablemente seria decisivo.

Además, á ninguno le convenia empeñar una accion definitiva.

No convenia á la Liga porque destruida una vez, quedaria esterminada completamente antes de poder rehacerse de nuevo.

No convenia á Carlos V, porque destrozado su ejército, ponía en inminente peligro su corona.

Ambos bandos estaban á la defensiva.

Algunas escaramuzas les produjeron pequeñas pérdidas, pero nada mas.

Uno de los dias en que se empeñó una ligera refriega, trahóse la pelea con mas ardor que de continuo, no obstante que era corto el número de los combatientes por ambas partes, y el resultado fué así una completa victoria para los protestantes.

A las primeras embestidas pudo muy bien notarse el entusiasmo que abrigaba el pecho de estos: Vencidos, decidieron morir todos, primero que entregarse al enemigo, y con el ardor de su desesperacion, no solo lograron rehacerse, sino alcanzar el laurel de la victoria.

Mientras que esta lucha sangrienta tenia lugar, otra escena quizá mas horrible se preparaba á un lado del campo de batalla.

Carlos V desde una pequeña elevacion, observaba esta fiera pelea.

El corazon desmayó tristemente al tender la vista sobre su ejército, que cual tímidas gacelas huian del lobo devorador.

IV.

Apenas entró en el carruaje, doña Genoveva, que así se llamaba su tia, la besó con aparente cariño, y dijo aparente, porque la mirada que brilló en sus ojos fué semejante á la del rico criollo que ve ante los suyos avarientos, al desgraciado esclavo á costa de cuya sangre y vida ha de poseer los ricos brillantes y barras de oro con que se adorna y enriquece.

—Sobrina mia, la dijo, pronto cumplirás diez y seis años, y razon es que salgas de esos silenciosos claustros para entrar en el gran mundo; esto es, frecuentar teatros, bailes, reuniones, etc. Tú eres linda, has recibido una brillante educacion, y no es extraño que halles un jóven, rico, elegante, de familia distinguida, que se enamore de tus encantos y te elija por esposa. Ya ves, yo no quiero nada para mí, solo tu bien; y por mi parte, no dudes, sobrina, que haré en tu favor cuantos sacrificios pueda: además, es lo único á que deben aspirar las jóvenes como tú, pues no creo que ignores la situacion de tu difunta mamá... ¡Pobres! ¡Nada tenia, todo lo consagraba á tí, y sus privaciones llegaron á ser tantas!...

Laura ocultó el rostro entre sus manos y comenzó á llorar en silencio.

—No te aflijas, sobrina; ya no hay que pensar en eso, Dios lo ha querido, y es forzoso respetar su voluntad. Ahora solo debe ocuparnos tu porvenir, tan brillante como la familia á que perteneces. Pero, calla, ya estamos... mira, esta es la calle de Hortaleza... aquí está la casa que vamos á habitar... ¿cuesta cara, pero no importa! Una señorita como tú no puede,

De repente vió salir un guerrero de entre la masa de sus enemigos, montado en un soberbio alazan, que se dirigió hácia él.

No traia blasones en el escudo, y su penacho, armadura y paramentos eran negros, señal de luto ó de oscuro linaje. Blandía con sus manos una espada terrible, á cuyos repetidos y rancos tajos, mordía la arena el combatiente que se oponia á su camino.

Aquel guerrero era Fulberto Amaya, que despues de haber defendido su causa iba á lavar una afrenta que oscurecia su frente.

A cincuenta pasos le conoció Carlos V., mas bien por intuicion que por nada.

La rabia y denuedo le hacian aparecer, no como el soldado que cumple su deber, sino como el hombre que aspira á borrar la mancha de una infamia caída sobre su noble frente.

Carlos V ya se preparaba al duelo.

Fulberto ciego de ira, llegó hasta los caballos de la guardia real.

Un grito de muerte se oyó luego, y al grito siguió una imprecacion de coraje.

Fulberto habia medido el suelo cubierto de heridas.

A dos pasos de Carlos V se revolcaba en su propia sangre, como una víctima inocente.

Mientras la vida y la muerte se disputaban el cuerpo casi inerte de Fulberto, éste arrojando una roja espuma por entre sus labios, decia con acento iracundo:

—Maldicion!... me han asesinado y no puedo llegar hasta mi vejez, cuando ya me veia cerca de ella!

Aquellos feroces soldados, cebados en su indefenso enemigo cual tigres embrutecidos, querian concluir con su existencia.

Carlos V que esperó algunos instantes con la espada desnuda á su rival, al mirar un grupo que se formó delante de sí, sospechó que una fatal coincidencia le impidiera medir su valor con un valiente.

Se acercó y vió á Fulberto, todo bañado en su sangre, y luchando con la agonía.

Al contemplarlo volvió el rostro horrorizado.

ó mejor dicho, no debe vivir en los arrabales ni confundirse con la plebe. ¡Oh, si viviera, qué diria de ello tu tio y mi esposo el difunto marqués!

El carruaje se detuvo.

Laura guardó silencio.

Cuanto veía y escuchaba era nuevo, enteramente nuevo para ella: su alma volaba al colegio como vuelan las golondrinas á su nido natal, y su pensamiento se cernia en los espacios y descendia á posarse sobre la helada tumba de su madre.

—Mira, Laura, díjole doña Genoveva apenas entraron en la habitacion: aquí tienes divanes de terciopelo de Utrech, butacas, sillones, lámparas inglesas... pero no es mas que la antecala, entremos... esta es la sala... alfombras, colgaduras, espejos de Venecia, jarrones del Japon, floreros de China... y las paredes pintadas al fresco, como ves. Aquí está tu tocador, tu gabinete; tu alcoba...

—Ay, mi querida tia, yo le agradezco á Vd. infinito todo esto; pero ha muerto mi madre pobre, y yo quiero vivir como ella: lo demás ofenderia su memoria.

—¿Cómo?

—Sí, señora, continuó Laura, cuyas mejillas se enrojecieron; yo no he nacido para vivir así...

El rostro de doña Genoveva se dilató, y sus ojuelos le dirigieron una segunda mirada cuya significacion no podia la inocente niña comprender.

—Que disparate, sobrina; no hay que tomarse cuidado por tan poco; tú vive tranquila que yo me encargo de lo demás....

Retrocedió unos pasos, y llamó á los soldados autores de tan inicua acción.

— ¡Miserales! les dijo, ¿de quién aprendisteis en mis relis á ser asesinos?

— Señor, era un enemigo atrevido que las rompía para llegar hasta V. M.

— Y bien me habeis impedido demostrarle, que aun esta espada no desmiente la destreza que en ella admira el mundo. Respetadle, y que se quite de sus heridas, porque es necesaria su vida.

Fulberto fué conducido en brazos de varios soldados fuera del campo del combate.

XII.

En una casa de las calles mas retiradas de Bruselas se veia en la época de nuestra narracion, un edificio imponente como la masa compacta de la tormenta, sombrío como el aspecto de una caverna cubierta en la soledad.

Aquel edificio ejercia instintivamente sobre cuantos le miraban una fascinación de horror.

El pasmo oprimió al acercarse á él, cual si su sombra cayera sobre el cuerpo como una capa de hielo.

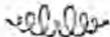
Y esta influencia tétrica que tenia sobre el hombre mas despreocupado, revelaba que en sus lienzos de piedra habia escrito la mano del tiempo grandes hechos, hechos de esos que no cruzan nuestra mente sin arrancarle una exclamación profunda.

¿Quién ha pisado alguna vez el suelo en que tuvo lugar una sangrienta batalla, sin parecer ver todavía dar saltos á los cadáveres en su lucha desesperada con la agonía?

¿Quién ha cruzado los patios de las Tulierias sin creer oír aun el clamor inmenso de aquella multitud que frenética llegaba hasta los pies del cañon, para cavar en pedazos al aire á impulso de un pedazo de plomo?

(Se continuará).

GREGORIO HERRAIZ.



Por las tardes saldremos al Prado en nuestro carruaje, de noche iremos á la ópera.

— ¿En nuestro carruaje y á la ópera?

— No ignoras que en Madrid se alquilan magníficas carruajes por veinte ó treinta mil reales anuales, cuya cantidad se te exige á un pobre plebeyo, apenas cumple el plazo; pero á una marquesa viuda es diferente, se espera un mes... dos... tres... un año... y en ese tiempo...

— ¡Oh! Tis, por caridad, respetemos la memoria de mi madre.

— Nada he dicho que pueda profanarla.

— Pero tis...

— Laura, hablemos claro: no ignorarás tampoco que eres pobre, y que por consiguiente en el colegio te cerrarian las puertas si volviesses contra mi voluntad, que es á la que tienes que atenerte de hoy en adelante, y que está conforme en todo con la última de tu mamá.

Laura fijó sus hermosos ojos melados en doña Genoveva, como si tratase de investigar la verdad.

La frente de doña Genoveva se contrajo, su rostro palideció, y á pesar de su inaudito descaño, un temblor repentino agitó sus miembros. Parecía que el alma de la difunta la miraba por los ojos de su hija para desmentirla.

Poco despues se retiró.

Laura cayó de rodillas sobre el pavimento, alzó sus ojos al cielo, y con las manos cruzadas sobre el pecho comenzó á orar por el alma de su madre...

El melancólico rayo de la luna que en aquel instante avan-

VARIEDADES.

UCEDA.

(Conclusion).

El arzobispo electo D. Sancho, canceller del rey, confirmó el fuero de Uceda en 23 de mayo de 1237; y lo mismo ejecutó luego otro arzobispo tambien canceller de Castilla, D. Gonzalo, á 8 de octubre de 1294.

Consta por un documento que se guardaba en su archivo, hecho en Guadalajara á 21 de octubre de 1519, que tenia contratada confederación con esta ciudad y la de Alcalá, y con las villas de Talamanca y Brihuega, con objeto de favorecerse y defenderse recíprocamente.

D. Juan II, movido por los buenos servicios de la villa y por las súplicas de su señor el arzobispo de Toledo, D. Alfonso Carrillo, concedió á Uceda una feria, cuya duracion habia de ser de 20 dias, á saber desde 21 de agosto hasta 10 de setiembre inclusive, con las mismas franquezas, gracias y privilegios que gozaban las mas famosas ferias de la monarquía. Esta Carta fué dada en Benavente el año de 1449.—La feria se redujo despues al periodo de solo tres dias, siendo el 1.º el dia 15 de agosto, ya fuese por olvido del privilegio, ya, mas probablemente, por haber disminuido la importancia de los objetos puestos á la venta, ó el número de vendedores.

Parece que por la circunstancia de ser muy fuerte su castillo se enviaron á él presos personajes de consideración, ya en tiempo de Don Juan II segun manifiesta la crónica de este príncipe.—En él estuvieron encerrados el arzobispo de Toledo y señor de esta villa Don Juan de Cerezuola, luego el Cardenal Jimenez de Cisneros siendo jóven, y mas tarde el gran duque de Alba Don Francisco Alvarez de Toledo por orden del rey Felipe II, que despues le sacó de allí, para enviarle á conquistar el Portugal.

Enrique IV la dió un privilegio con exenciones y franquezas para la cobranza, sin excepcion de persona alguna ni aunque fuese del mar alto rango ó dignidad, de los derechos de pontazgo en un puente, que á sus expensas construian los moradores

zaba sobre el firmamento, penetró á través de las vidrieras de los balcones, prestando un tinte sombrío á la estancia en que se hallaba.

Laura tuvo miedo, corrió al balcon, y una voz dulce y armoniosa que tarareaba una canción sumamente triste, vino á sacarla de su letargo.

Entonces levantó su hermosa cabeza y alzó su vista al sotabanco de enfrente, que era de donde habia partido la voz.

Pero á manera del que habiendo estado ciego durante mucho tiempo, pretende mirar al sol, y herido por sus rayos baja su vista, y fascinado por su resplandeciente hermosura torna á mirarle, así Laura fijó en aquel punto sus bellos y serenos ojos, y cuanto mas se esforzaba en separar sus miradas, tanto mas intensas las hacia.

V.

¿Qué habia visto? ¿Qué objeto pudiera haber llamado su atención hasta el punto de arrancar de aquel corazon sencillo y puro un dulcísimo suspiro, y obtener una mirada de sus ojos?

Lo ignoramos.

En el sotabanco de enfrente, y casi á la altura del tejado, solo se distinguia una gran muestra de madera con el siguiente epígrafe: EDUARDO, PINTOR. Nada vimos en las ventanas, y solo á través de sus vidrieras pudo notarse el reflejo, cada vez mas débil, de una luz que paulatinamente se apartaba.

(Se continuará).

de Uceda con objeto de evitar los innumerables perjuicios y desgracias que, por el arrebatado curso del río Jarama, ocurrían á los que se veían precisados á atravesar su corriente. Este documento fué hecho en Segovia á 8 de junio de 1471.

D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, eligió el castillo de Uceda como refugio seguro, y en él se fortificó por mucho tiempo durante las diferencias y parcialidades entre el rey de Portugal y los Reyes Católicos Fernando é Isabel, siendo el partidario del portugués.

Estuvo Uceda bajo el dominio y poder temporal de los arzobispos de Toledo hasta que Felipe II, habiendo conseguido del papa Gregorio XIII una bula para desmembrar de la jurisdicción de los arzobispos esta y otras villas, hizo volver á Uceda á la corona, tomando posesión de ella el día 4 de noviembre de 1573, siendo arzobispo de Toledo D. Juan Martínez Silíceo, maestro del mismo rey.

Felipe II mandó escribir una relación de las cosas memorables de Uceda, y el ayuntamiento de ella comisionó á este efecto á Juan Hurtado de Valdés é Isidoro Lirueña, regidores de la villa; y al licenciado Francisco Ramírez, abogado de la misma; quienes desempeñaron su comisión el año de 1579, y su relación se archivó en la Biblioteca de San Lorenzo el Real del Escorial. Por ella se sabe que en este año tenía Uceda 300 casas con otros tantos vecinos, cuya mayor parte vivían en el arrabal que estaba contiguo á las murallas y puerta oriental de la villa; y que la causa de la disminución del vecindario era el haberse establecido muchos de los habitantes por los pueblos comarcanos y 607 alquerías que existían en los alrededores.

En el año 1610 fué fundado en el arrabal su convento de frailes de la religion del seráfico padre S. Francisco de Asís.

La villa fué primero cabeza de condado, y despues Felipe III la hizo serlo de ducado dando, en cambio del título de Conde de Uceda á su poseedor, el de Marqués de Lorian, y creando Duque de Uceda á D. Cristóbal Gomez Sandoval y Rojas, hijo primogénito del duque de Lerma.

A principios del siglo XVIII tenía mas de cien vecinos, entre los cuales había algunos nobles gobernadas por un corregidor del estado de hijos-dalgo, acompañado de tres regidores.

Por entonces algunas de sus antiguas aldeas ya se habían hecho villas; pero reconocían la dependencia de Uceda en muchas cosas, concurriendo á ella á las juntas que se tenían para determinar sobre asuntos concernientes al procomún de la comarca.

Aun existían á la sazón algunos muros del castillo, de los cuales nosotros no hemos visto en Julio de 1834 mas que unos escasísimos restos.

Conservaba á la sazón, en el archivo de su ayuntamiento, mas de 30 privilegios reales en pergamino con sellos de plomo pendientes, concedidos por diferentes reyes desde los ya citados hasta Felipe II; de los cuales quedan aun algunas, si no son falsas las noticias que tenemos.

En el año de 1828 tenía, segun el Diccionario geográfico-estadístico de Miñano, 157 vecinos y 72 habitantes.

Hoy tiene 167 casas, y dentro de su término se encuentran los despoblados y caseríos de Inestroza, Fuente el Fresno, Galapaguillos, Valde Hinojuela, Caraquiz, Medianero y Vallunquera de Arriba.

LA CUESTION DE ITALIA.

En el estudio del variado y multiforme desarrollo de la raza latino-germánica, la Italia representa quizá el principal papel. Asiento del pontificado, de ese gran poder social, que ha presidido á la Europa, durante el período romántico, foco en el siglo XV de las ideas filosófico-políticas que marcaron el carácter de la edad moderna, parece marchar hoy á ponerse á la cabeza de la gran revolución social. Mientras que la España se reconcentra en sí misma como para adquirir fuerzas, para lanzarse de nuevo á la lucha, mientras que la Francia se sacrifica por contener á la Europa, la Italia sola se agita, y se conmueve luchando ella sola, contra el elemento antiguo, para destruirle y para desenvolver la idea que ha de presidir á la historia futura.

La gran lucha europea entre las antiguas y las modernas doctrinas, representadas en el terreno político por el absolutismo y la idea liberal, en el filosófico por la providencia y el espíritu libre, por la lucha de la idea religiosa y la racional en el teológico se halla hoy concentrada en Italia. Allí es únicamente donde los dos elementos luchan libremente; toda la Europa contenida por el génio de Napoleón, contempla asombrada esa lucha en la que no toma parte, pero de la que espera la vida. Grande, sublime, por mas que sea muy doloroso para ella, es el destino de Italia en el siglo XIX.

La cuestión italiana no realiza; sin embargo, completamente el ideal de ninguno de los partidos beligerantes. Ni la idea liberal ni el absolutismo están acordes con sus resultados actuales. El uno y el otro elemento reconocen en la cuestión práctica un elemento nuevo y distinto y contrario á cada uno ellos, que nace de la misma revolución y se entroniza y los posterga. Y es porque la Italia está llamando, no á resolver ni á realizar el ideal de un solo partido de una fracción de la humanidad, de un individuo verdaderamente, sino el ideal europeo, el ideal social, mas bien, la suprema aspiración histórica del hombre.

Concretándonos á reseñar á grandes rasgos la historia de Italia en este año reconocemos la verdad de lo que hemos dicho. En Italia hasta ahora no había habido mas que dos partidos, el representante del absolutismo, y de la idea que presidió al Congreso de Viena, y el partido de acción, liberal y unitario. Entre uno y otro como para regular la lucha, como para moderar la fuerza del torrente de la revolución, se había colocado el génio de la Francia. Y toda la Europa seguía ansiosamente la marcha del uno y del otro; y cada cual lloraba ó se alegraba á cada nuevo acontecimiento, pero sin que nadie prestase auxilio al uno ni al otro, porque la Europa había comprendido que el primer tiro que un ejército extranjero disparase en Italia, sería la lúgubre señal de la muerte de millones de hombres.

Pero á consecuencia de los sucesos del año 60 la primera aspiración de la Italia, la unidad política, quedó satisfecha. Victor Manuel, representante de esta idea y que se creía asimismo encargado de realizar la aspiración social, fué investido de la soberanía. Todo en sentir suyo estaba hecho, porque la cuestión romana, no era ni puede ser mas que una cuestión diplomática. Napoleón tarde ó temprano había de consentir en retirar la guarnición francesa; y el Austria, el añejo, el carcomido imperio germánico minado á su vez por las luchas políticas y denacionalidades no había de tardar en abrir la sangrienta garra con que desgarraba el corazón de Venecia.

Pero Victor Manuel se equivocaba. Asi como cuando la Italia en el siglo XVII se constituyó al fin en sus diferentes pedazos bajo el régimen absoluto, era ya demasiado tarde para que este pudiera producir sus resultados, asi tambien en el siglo XIX

era muy tarde también para que pudiese adoptar el régimen constitucional monárquico. Este sistema desacreditado en toda la Europa, se sostenía solo en sus tendencias administrativas y en aquellos pueblos en que por su situación histórica ó por su sistema de vida particular no influyen mucho en su desarrollo las ideas políticas. Pero soñar en Italia, en el foco de la revolución moderna con un estado constitucional, pacífico, á cuya sombra se desarrollaran ó nacieran los elementos de riqueza ó de prosperidad social, era soñar un absurdo.

Y así sucedió. Mientras que aquella máquina recién creada comenzó á funcionar ridículamente movida por una ilusión, el partido revolucionario, el que había combatido en la Italia baja, continuó agitándose. La cuestión romana vino á representar en Italia lo que en España la cuestión constitucional. Durante la guerra, no se había oído más que un solo grito: Italia y Víctor Manuel; pero conquistada y organizada ya la Italia comenzó á resonar en muchos corazones el de Roma ó la muerte. Allí ha nacido otro partido nuevo que si las circunstancias fueran las mismas había de regar toda la Península de sangre como ha sucedido desgraciadamente en nuestra patria con el partido progresista y el moderado retrógrado.

Pero allí, después de Roma ó la muerte, está la democracia, después de Víctor Manuel está Mazzini, y entre uno y otro está Napoleón. La lucha comienza ahora de nuevo, la democracia se encuentra por fin frente á frente del enemigo á quien debe combatir. El partido absolutista murió ya hace mucho tiempo. Todavía, sin embargo, no se ha declarado oficialmente, por decirlo así, la guerra: todavía no se ha oído el primer grito de muerte contra Víctor Manuel.

El ministerio Rattazzi subordinado á Napoleón porque en él no hay un hombre de génio que adquiriera la libertad para la Italia sin humillarla, creía que Roma no debía ser atacada, sino obtenida por negociaciones. Garibaldi, enemigo de Napoleón, enemigo de Rattazzi y casi enemigo de Víctor Manuel, y que se creía aun el ángel que había de conducir á los italianos á la libertad, comenzó á obrar por su cuenta. Roma para Italia era su grito, el grito de todos los italianos, pero detrás de Roma ocultaba indudablemente una tendencia revolucionaria. Rattazzi le declara traidor, y en Aspromonte se comenzó la lucha civil, la lucha social. ¿Cuál será el resultado de esa lucha?

Por de pronto no se sabe más sino que un hombre ha desaparecido, y ese hombre sintetizaba las aspiraciones de una gran parte de la Italia. Garibaldi era ya en verdad inútil para la revolución, era el Lafayette italiano, pero todavía era amado, todavía su nombre se pronunciaba con admiración y entusiasmo por todos los italianos. El partido avanzado constitucional que él capitaneaba, por ahora ha quedado sin jefe, pero no será difícil reemplazarlo. La Italia por otra parte no marcha unida en la cuestión política como marchaba en la cuestión unitaria; ambos partidos son poderosos y el uno de ellos está irritado. ¿Quién contendrá el choque? ¿Quién contendrá la primera bala?

Ahora es verdaderamente, repetimos, cuando la democracia entra en acción; hasta ahora no ha hecho más que ayudar á consolidar intereses é ideas que no eran suyas. En adelante lo antiguo va á estar representado por el sistema constitucional, lo nuevo por el sistema democrático. La cruzada promete ser breve pero va á correr mucha sangre. Los fusilamientos de los garibaldinos son las primeras gotas con que se santifica el ángel de la muerte.

SERAFIN ALVAREZ PERAL.

Madrid 12 de setiembre de 1862.

NOTICIAS.

COSECHA. Dicen de Avila que la cosecha de cereales tiene contentos á los labradores; pero en la mayor parte de los pueblos de esta provincia, parece que se hace cada vez mas general dar gracias á Dios por tal beneficio, concluyendo: «Haced vos, Señor, los caminos, porque, abandonados á la incuria humana, nos ahogaremos entre el trigo que amontonais en nuestras eras.»

ASOCIACION POPULAR. Tenemos entendido que ya está formulado y en estado de presentarlo al gobierno para su aprobación, el proyecto de una sociedad de socorros mútuos entre todas las clases de trabajadores jornaleros de esta corte. Así lo anuncia un periódico, añadiendo que por una insignificante cuota de céntimos semanal, tendrán derechos las familias de los que mueran en siniestro fortuito, á una suma bastante para que la madre de familia pueda atender al sostenimiento de sus hijos; y en caso de heridas, tengan los que esperimenten la desgracia, recursos para su curación: se establecerán también dotes para las huérfanas, de los que fueron asociados, y hasta se dice que se extenderá también á los casos de muerte natural el auxilio de las familias.

ENSANCHE DE MADRID. Hoy que el ayuntamiento de Madrid está desplegando un celo tan digno de elogio, llevando á cabo muchas y muy colosales reformas urbanas, entre ellas el derribo de las tapias del Convento de las Descalzas, creemos que no deberá de olvidar otra que se halla en igual situación, y que con su reforma haría de primera clase una calle que hoy no lo es de cuarta, ni aun de quinta.

Aludimos á la tapia de la huerta de las monjas de la Latina, que ocupa en toda su estension la acera izquierda de la casa alta.

CAMINOS VECINALES. La comision de estudios para caminos vecinales, que se estableció en Alicante, ha dado y sigue dando grandes y satisfactorios resultados, pues en menos de un año está para terminar los estudios que la diputación provincial creía que durarian tres años, habiendo advertirse que en los gastos ha conseguido tan benemérita comision una rebaja de 1,000 rs. en kilómetro.

En este número y en el folletín, empezamos á insertar la interesante novela de nuestro amigo D. Francisco de P. Estrala, titulada: **LOS AMORES DE UN PINTOR.** Este trabajo fué inserto en las columnas del acreditado periódico **LA AMERICA**, cuya circunstancia, además del nombre del autor, es una garantía para nuestros suscritores.

Propietario y editor responsable—D. José Morales y Rodríguez.

MADRID, 1862.

Imprenta de EL MADRILEÑO, Caballero de Gracia, 13.